



Organizar la clase obrera. Sindicatos, resistencias y luchas en el mundo azucarero tucumano de la entreguerra

Organizing the working class. Unions, resistance and struggle in the sugar industry of Tucuman during interwar years

Organizar a classe trabalhadora. Sindicatos, resistência e luta no mundo do açúcar Tucumano de entre guerras

María Ullivarri*

Recibido: 06.02.14

Revisión editorial: 23.08.14

Aprobado: 01.10.14

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar la dinámica del escenario obrero azucarero de Tucumán, con especial énfasis en el período de entreguerras. En esa dirección haremos hincapié en las formas de lucha y organización sindical, las maneras en las que los trabajadores entablaron una disputa por controlar los términos culturales hegemónicos sobre los cuales el mundo del azúcar estaba construido, ordenado y legitimado y abordaremos, finalmente, las dificultades internas y los conflictos entre grupos.

Palabras clave: trabajadores; industria azucarera; Tucumán; conflictos obreros

ABSTRACT

The aim of this paper is to analyze the dynamics of the sugar worker scenario of Tucumán, with special emphasis on the interwar period. In this direction we will emphasize the forms of struggle and union organization, the ways in which workers filed a dispute for control hegemonic cultural terms upon which the world of sugar was built, ordered and legitimated and finally we will focus on the internal difficulties and conflicts between groups.

Keywords: workers; sugar industry; Tucumán; labor conflicts

RESUMO

O objetivo deste trabalho é analisar a dinâmica do cenário dos trabalhadores do açúcar em Tucumán, com especial destaque para o período entre guerras. Neste sentido, vamos enfatizar as formas de luta e organização sindical, as maneiras em que os trabalhadores apresentaram uma disputa pelo controle de termos culturais hegemônicas sobre a qual o mundo do açúcar foi construído, ordenado e legítimo e, finalmente, as dificuldades internas e conflitos entre grupos.

Palavras-chave: trabalhadores; indústria açucareira; Tucuman; conflitos trabalhistas

* Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-CONICET). Correo: ulliva@gmail.com

SUMARIO

Introducción; El conflictivo mundo del ingenio; Los rumores y las prácticas; Representaciones y discursos: disputas por la palabra; La conflictividad en tiempos de guerra mundial; Reflexiones finales

Introducción

La industria azucarera tenía como condición estructurante, especialmente en épocas de zafra, una abrumadora necesidad de mano de obra. La molienda hacía trabajar la fábrica tiempo completo y la cosecha, a pesar del avance de la tecnología en el campo, siguió realizándose con utilización masiva de trabajo humano hasta la década del sesenta (Guy, 2010). En ese escenario, la conformación de un mercado laboral que posibilitara el funcionamiento de la industria era de vital centralidad. Este se sustentó en dos pilares fundamentales, por un lado la implementación de métodos coercitivos para garantizar y controlar la provisión de mano de obray, por otro, la consolidación de una hegemonía cultural, social y política tendiente a transformar hábitos arraigados en los trabajadores.

Frente a estas formas de dominación se opusieron fuerzas y resistencias obreras con contradicciones y trayectorias no lineales que fueron buscandolos límites del propio sistema de diferentes maneras, a veces espontáneas, otras organizadas, más creativas o de tinte más bien clásico. En esa interrelación conflictiva entre trabajadores y sistema, la definición del concepto de trabajador, su subjetividad y su legitimidad social fueron parte de la arena de disputas de igual forma que los salarios, las condiciones de trabajo y vida, la salud y las proveedurías.

Partiendo de esa idea, el objetivo principal de este trabajo es analizar la dinámica del escenario obrero azucarero, con especial hincapié en los años treinta, sus formas de lucha, los procesos organizativos y las maneras en las que se entabló una disputa tanto por derechos, como por controlar los términos culturales hegemónicos sobre los cuales el mundo del azúcar era ordenado y legitimado. Al respecto, utilizamos el concepto de hegemonía no para comprender el consentimiento, sino la lucha; las formas en las que las palabras, los símbolos, las prácticas y las organizaciones fueron usadas por los trabajadores para comprender, amoldarse o resistir su dominación y cuyas pautas fueron construidas a través del proceso mismo de dominación. Se trata entonces, de la disputa por un mismo marco material y significativo (Roseberry, 1991:220).

El enfoque, también se vincula con aquellas interpretaciones que buscan recuperar la agencia de los trabajadores. (Ortner, 2005, Thompson, 1989) entendiéndola no solo como una forma de resistencia, de subversión o de resignificación, en oposición a la dominación y la subordinación, sino también en un sentido más extenso, como "sentido de sí" que engloba aspiraciones, intereses, proyectos propios, etc. (Mahmood, 2006). La agencia va más allá de la oposición a los mecanismos de dominación, es una propiedad de los sujetos sociales, culturalmente construida que tiene, a través de la acción y la intención orientada hacia un propósito, un profundo impacto en la subjetividad (Ortner, 2005). Los recursos que se desplegaron para consolidar una agencia y un lugar de legitimidad gremial y social en el mundo azucarero se inscriben de un entramado complejo de relaciones que aparecen visibles desde la economía política de las prácticas y desde los complejos mecanismos de producción y reproducción cultural que fueron condicionando y dando forma a la subjetividad obrera. En este sentido, entendemos, sin caer en falsas pretensiones, que la subjetividad es muy difícil de asir en un universo obrero donde la voz de los actores está siempre mediada. Pero también comprendemos que en última instancia, no deja de representar un horizonte y un desafío para nosotros como historiadores, tanto en la búsqueda de los documentos y las fuentes que están dispersas, como en la interpretación que conlleva el trabajo de historizar las trayectorias de los subalternos.

En la historiografía argentina, el estudio del sector obrero rural está todavía muy rezagado respecto a otros temas de historia sindical. La mayoría de los trabajos existentes gira en torno al obrero del área cerealera pampeana (Ascolani, 2009; Ansaldi, 1993) y desde una perspectiva más alejada de lo sindical, también se está trabajando sobre el mundo del trabajo en las industrias regionales (Richard Jorba, 2009, Campi, 2002). En cierto sentido, la marginalidad de los actores sindicales rurales se debió, señala Ascolani (2009), a una suerte de mirada funcionalista que los caracterizaba como actores sociales sin una cultura o tradición colectiva compleja. En ese sentido, autores como Murmis (1994) señalaron que en el agro, la presencia de trabajadores temporarios y las condiciones de explotación a las que eran sometidos dificultaron la constitución de un asalariado agrícola con características típicas del proletariado.

Sin embargo, más allá de esa problematización de índole teórica, nos ocupa un conjunto de obreros de un modelo de agroindustria donde un complejo proceso de producción y trabajo y la heteogeneidad de la mano de obra impiden catalogar al trabajador azucarero como un actor rural/campesino asimilable al pampeano. Las respuestas, por eso mismo, deben buscarse en su propio escenario de acción y es precisamente en esa complejidad donde radica la riqueza del estudio de ese conjunto de trabajadores, donde el núcleo duro del empleo estaba compuesto por trabajadores permanentes, tanto de fábrica como campo y durante la zafra, un conjunto vasto de trabajadores complementaba las tareas de cosecha y molienda.

El conflictivo mundo del ingenio

El ingenio fue el punto neurálgico de una sociedad construida en torno al azúcar. Allí, un promedio de treinta y cinco mil trabajadores, moldeaban un paisaje heterogéneo donde convivían diversos universos sociales y culturales.¹ Dentro de sus perímetros, la vida de los trabajadores estaba estructurada de acuerdo a las necesidades de la producción, pero ello implicaba mucho más que los ritmos de la fábrica o del campo. El ingenio ejercía formas de dominación en el espacio de producción tanto como en el de reproducción con el fin de sostener una suerte de hegemonía cultural dirigida por la empresa, enfocada a inculcar valores relacionados con la disciplina laboral, la austeridad y la religiosidad (LeiteLopes, 1976; Centurión, 2000; Santos Lepera, 2008, Campi, 2009). Paralelamente, a través de un sistema coercitivo estructurado en torno a la policía, los capataces y mayordomos, se procuraba eliminar los impulsos refractarios de los trabajadores, corregir el ausentismo y el alcoholismo y limitar las diversiones populares con el fin de potenciar la productividad del trabajo y disciplinar la mano de obra.

De esta forma, los ingenios lograban que la gente obedezca, no solo porque los ataques frontales eran impedidos por las realidades del poder (Scott, 2001), sino también porque las ideas hegemónicas presentes en la conciencia de la gente, volvían esas “realidades” naturales (Hale, 1994). Algo similar señala Ascolani (2009:31) para los trabajadores del área cerealera pampeana, afirmando que para un análisis de la realidad obrera se necesita comprender una “normalidad” en labores que hoy parecerían insostenibles. Esa costumbre o hábito explica también la apatía con la que frecuentemente los obreros rurales veían las demandas laborales difundidas por los activistas sindicales. De manera que los procesos de dominación arraigaban en las esferas más profundas, naturalizando la explotación a la que eran sometidos los trabajadores.

Sin embargo, no existía tal cosa como una pasiva sumisión y cada tanto se registraban actos de desobediencia y denuncias públicas contra estas prácticas. A principios de la década del treinta varios obreros del Ingenio San Juan enviaron una nota al diario *El Orden* poniendo voz a historias por todos conocidas. La carta comentaba que los capataces y mayordomos los obligaban:

A sacar las mercaderías pagando dos veces lo que valen, porque si no nos hechan (sic), aprovechan la primer oportunidad que se les presenta para violar nuestros hogares, llegando casos que [...] han pretendido hasta abusar de

¹Es muy difícil estimar la cantidad exacta de mano de obra que trabajaba en las plantaciones porque la mayor parte de la fuerza laboral estaba constituida por trabajadores migrantes (Guy, 2010).

nuestras mujeres o hijas y, el que reclama, a la calle como ellos dicen, el administrador a quien lo compadrecan (diciéndole niño Ramoncito), les permite todos esos abusos porque él también es igual que ellos, un perverso cargado con plata y nada más (*El Orden*, 29/04/1931).

Los relatos describen una situación donde las características principales eran el control, la explotación y el maltrato. Asimismo, se deja entrever cierta frontera difusa entre asuntos de orden público y los de orden privado, donde la mano de los capataces y mayordomos estaba siempre al acecho. La vigilancia, en efecto, era estrecha y la prensa anarcocomunista solía hacerse eco de esas prácticas en los ingenios y relatabanque

Cuenta cada uno de ellos con un cuerpo de agentes de investigaciones (vulgo: perros) que controlan la entrada de todos los que van a trabajar a la fábrica para evitar la intromisión de algún agitador que pueda, levantando el espíritu de los serviles a sus órdenes, perturbar la tranquilidad del señor de horca y cuchillo (*Tierra Libre*, 06/1932).

Hacia fuera del ingenio, por otro lado, se intentaban sostener las apariencias porque estas empresas eran muy sensibles a los comentarios de los observadores externos y de los “visitantes ilustres” que solían recibir con frecuencia. Para ello, continuamente utilizaban prácticas de enmascaramiento. A ello se refería un trabajador cuando denunciaba su experiencia personal ante la visita de autoridades al ingenio:

Nos repusieron las prendas que teníamos de peor uso, hasta dejarnos de buena presentación [...] Después se le metió en la cabeza que habíamos de lavarnos la cara y las manos con jabón, luego [...] nos llevó a la peluquería, donde nos pusieron hasta agua de olor. El día del almuerzo [...] nos preguntaban cuánto nos pagaban, cómo era el trabajo que nos daban, y nosotros dele contestar a todos, tal como nos habían estado diciendo toda la noche antes, teniendo mucho cuidado con equivocarse, que esto también nos lo habían dicho. Cinco pesos diarios por seis horas de trabajo, casa muy buena, muy buen trato en el trabajo y en la casa, pago puntual sin descuento. Decíamos nosotros a los que nos preguntaban. (El Surco, 10/1936)

En este sentido, las representaciones y las prácticas de los trabajadores estaban profundamente atravesadas y limitadas por los intereses de las empresas. Como consecuencia, los azucareros eran territorios donde se debía tener sumo cuidado en las maneras y formas, ya que las apariencias resultaban esenciales para la supervivencia. Existían numerosas prácticas ritualizadas de respeto que no solo debían dirigirse a los patrones, sino que se extendían también a sus “agentes”, es decir, administradores, capataces, comisarios o cualquier símbolo de autoridad. Un obrero del ingenio San Pablo comentaba que:

Si pasaba el capataz y lo saludaba y usted no se descubría en forma demasiado respetuosa, a los tres días lo sacaban, le decían mándese a mudar. Por cualquier tipo de error o acto que para ellos era de atrevimiento o falta de respeto [...] Esa era una de las cosas que calaba hondo en la gente [...] y si usted se negaba venía la policía, que era como un elemento puesto al servicio del patrón (Centurión, 2000:98).

Al respecto, Pierre Bourdieu (1977: 170) señaló que las concesiones de cortesía implican siempre concesiones políticas. Pero en el mundo del azúcar, éstas no solo eran simbólicas, sino que también eran electorales y fueron numerosas las denuncias, la mayoría de las cuales eran recogidas por la prensa, tanto obrera como comercial, realizadas respecto a las imposiciones coercitivas para con los obreros durante los comicios. Una de ellas, realizada por un grupo de trabajadores al matutino *La Gaceta* explicaba que ni siquiera gozaban “de los derechos constitucionales porque les está vedado, por la fuerza y un sistema de coerción montado en el propio feudo, votar libremente” (*La Gaceta*, 29/08/1942). También *El Trabajo*, (25/05/1924) publicó una denuncia sobre la cesantía de nueve obreros de La Corona por negarse a votar a los liberales. Otro testimonio expresaba que “Tan solo conocíamos la política de los patrones nomás. Los liberales era el partido político que tenía el establecimiento aquí. Y había que ser liberal nomás, no había tramoya” (Centurión, 2000:100).

Esta suerte de opresión política se conjugaba con la explotación económica. Todos los habitantes del ingenio, o aquéllos que llegaban para la zafra, debían adaptarse a la organización

del tiempo y la disciplina laboral impuesta por la fábrica (Campi, 2009). En épocas de zafra los trabajadores debían responder al llamado del ingenio cuando éste los requiriera. “Ni en sueños te escapas”, decía la publicación anarquista *Liberación* (17/06/1927), “Hasta el sueño te roban obligándote a cargar de noche la caña que tienes cortada en el cerco y si te niegas, pierdes el turno y disminuye su peso”.

Disminuir el peso implicaba la mengua de un jornal que ya era muy bajo y que apenas alcanzaba para cubrir la subsistencia. El senador socialista Alfredo Palacios comentaba con cierta indignación en el Senado Nacional que por lo general estos trabajadores “no alcanzan a ganar dos pesos. El resto del año viven por obra de la providencia.”² La prensa destacaba que los salarios abonados en los últimos años por los ingenios azucareros oscilaban de \$2,20 a \$3 y que los trabajadores de los cañaverales no alcanzan a ganar \$2, mientras que al trabajador del surco, que debía obtener \$3 según el Laudo Alvear,³ se le pagan por tonelada de caña pelada entre \$1.50 y \$2,50 (El Orden, 02/05/1937). Los industriales solían argüir salarios superiores. Por ejemplo y citando casos extraordinarios, afirmaban que los peladores cobraban “a razón de tres pesos por tonelada puesta en fábrica. Cinco de esos peladores, ayudados por su esposa o por hermanas o hijos menores han ganado por día de trabajo los siguientes promedios uno \$12,50, dos \$10, otro \$8,10 y otro \$6,80; los otros peladores sin ayuda han trabajado jornales promedios que varían de \$7 a \$5,70. Los tres carreros han promediado un jornal de \$4,80. El pelador gana según su destreza y resistencia. Algunos trabajan hasta doce horas por día y otros gracias si trabajan cuatro horas, según su voluntad” (Aráoz, 1937). Dos años después la CGT informaba que los jornales en el campo promediaban los \$2, mientras que los de la cosecha eran de \$2,50 (CGT, 01/09/1939).⁴ Por su parte, en el caso de los salarios de fábrica, algunos estudios informan que estos habían estado conectados hasta 1910 con el precio del azúcar. A partir de entonces acompañaron la tendencia de los salarios industriales a nivel nacional, aunque inferiores a los de la provincia de Buenos Aires (Correa Deza y Campi, 2010). Durante los años treinta oscilaban entre los \$2,50 y \$4,20, dependiendo de su calificación y labor. Y aunque algunos jornales y salarios habían sido regulados por ley, también habían sido disputados por los empresarios en la justicia y dejados sin efecto. El resto de los acuerdos no solía respetarse en su totalidad, quizás como argumentaban algunos observadores, por la falta de sanciones.⁵

Sin embargo, el problema de los jornales se vinculaba, además, con el poder de compra de los mismos. En ese sentido, todos los alimentos debían comprarse en las proveedurías de ingenio, frecuentemente denunciadas por sus altos precios. Las quejas eran insistentes porque involucraban mucho más que el control patronal, implicaban la anuencia del Estado sobre las prácticas de los empresarios. A principios de la década del treinta un trabajador del ingenio Los Ralos denunciaba de que “si en la ciudad es posible comprar carne a \$0,40 el kilo y pan a \$0,30 el kilo, no hay razón para que en los ingenios se pague \$0,60 por la carne y \$0,60 y \$0,70 por el pan.”⁶

²Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación, Junio 22 de 1937:199.

³El “Laudo Alvear” fue un arbitraje presidencial que en 1928 resolvió un conflicto sobre el precio de la materia prima entre cañeros e industriales a favor de los primeros y en carácter de “protección distributiva”. Con ello hacía referencia “las características propias de la industria, cuyo desarrollo se ha efectuado al amparo de leyes nacionales protectoras [...] a costa del pueblo entero de la Nación”. (Laudo Alvear, 1928:10) Esta resolución del destacó la primacía del interés general sobre los particulares en disputa y falló a favor de un reparto equitativo de los beneficios de la protegida industria azucarera, comprometiendo a los cañeros e industriales a hacer cumplir la verdadera naturaleza distributiva del laudo. Esta situación quedaba, no obstante, sujeta “la buena voluntad de las partes” y, por tal motivo, nunca se cumplió la promesa de pagar a los cosecheros, los cuales habían colaborado con los cañeros en la protesta, \$3 por tonelada de caña hachada y pelada.

⁴Desaporque 7 surcos a \$0,35 cada uno, \$2,45; Aporque, 12 surcos a 0,15 cada uno, \$1,80; desyerbe, 8 surcos a \$0,20 cada uno, \$1,60; desboquillado, 15 surcos a \$0,15 cada uno \$2,25. La hachada, pelada y cargada de la caña se paga la tonelada entre \$2,50 y \$3.

⁵En el informe presentado por Alfredo Palacios en el Senado de la Nación en 1938, se citaba las palabras del director del DPT quien afirmaba que era la falta de sanciones la causa principal del incumplimiento de esa ley. (Palacios, 1938)

⁶Carta de un obrero del Ingenio Los Ralos publicada en *La Gaceta*, 09/02/1931.

Estos comercios eran sentidos como la prueba más contundente de los abusos, ya que esta práctica involucraba formas de endeudamiento y de reducción de costos laborales a través de adelantos en mercaderías y vales. En ese sentido, los diputados socialistas habían denunciado en la Legislatura Provincial esta situación, afirmando que, en la mayoría de los casos, para los trabajadores ésta era la única forma que tenían para acceder a provisiones porque carecían de dinero hasta terminar la cosecha, cuando le pagaban todo el trabajo realizado durante la zafra.⁷ Asimismo, era una costumbre que no solo perjudicaba a los obreros sino que también afectaba a la población cercana que veía limitadas sus oportunidades comerciales. “No entra turco ni cristiano mercachifle que no dé coima al administrador de tal manera está organizado el robo” (*Liberación*, 17/06/1927) denunciaban los anarquistas. Asimismo, en el momento del pago, siempre solía estar presente el dueño de la proveeduría o algún allegado para cobrar lo debido por los trabajadores. Si el trabajador se negaba a pagar, la situación era llevada ante un juez de paz.

Funcionaba como un sistema aceitado que hacía fluir el dinero de los jornales hacia las empresas y con el cual el Estado solía transigir. En sus memorias el Departamento Provincial de Trabajo (DPT) reconocía que forzosamente debía tolerar ese problema “de aparente trasgresión legal”, ya que en el fondo la práctica del endeudamiento no constituía “sino la intención de proporcionar elementos indispensables para el trabajador y la práctica estaba tan arraigada que su extinción era compleja.”⁸ Año a año, sin embargo, se intentaban regular estas prácticas con proyectos de ley que nunca lograban prosperar en la legislatura.

Estos mecanismos se visibilizaban, además, en las condiciones de vida, quizá mucho más visibles que las prácticas monetarias. Por eso era lo que más estupor causaba a los observadores externos. Los testimonios resultaban escalofriantes. *La Protesta* (18/04/1924) describía de esta forma el universo del ingenio.

Es horroroso e indescriptible el estado de higiene en que estos seres viven. Y desconsolador y terrible el contemplar sus viviendas cuyas paredes por lo común son de cañas, que por bien unidas que estén, dejan infinidad de intersticios por los que el aire entra "como Perico por su casa". Las puertas son artículos de lujo en la vivienda de los peones del cerco, aunque los de la fábrica en algunos ingenios pueden tener el "honor" de tenerlas en sus habitaciones. Como si todo esto no bastase para labrar la desgracia de tantos miles de familias productoras, el vicio está tan arraigado, como ser el alcohol, que el más optimista y tesonero luchador se descorazona al ver en la abyección y miseria que se debate esta parte del pueblo siempre esquilmada y sometida.

Las consecuencias más profundas de estos procesos de explotación y de las condiciones de vida, irremediamente se visibilizaban año a año en las estadísticas presentadas respecto a los candidatos no aptos para el servicio militar obligatorio, la mayoría de los cuáles eran desestimados por su baja talla o peso así como también por las secuelas de enfermedades como la tuberculosis, el tracoma o el paludismo.

Los rumores y las prácticas

La adaptación al mundo del ingenio implicó un proceso cultural intenso, de transformación de representaciones, conductas y hábitos colectivos que se acompañaron de estricta vigilancia, maltrato y opresión. Ésta no se localizó solamente en el terreno laboral, sino que también se extendió por la cultura y las relaciones conflictivas de poder. Pero este proceso no fue lineal ni pasivo. En efecto, como señala Salvatore (1992:22-23) la efectividad de las instituciones disciplinarias está limitada por la resistencia de los trabajadores, así la hegemonía de los discursos disciplinarios encuentra obstáculos irreductibles en el lenguaje popular, en las prácticas de lucha y en la construcción de contradiscursos.

En ese sentido, si la hegemonía es un espacio que pone límites e influye sobre las acciones, no es menos cierto que siempre hay márgenes o intersticios para que se disputen concesiones y

⁷ Honorable Cámara de Diputados de la Provincia de Tucumán, Diario de Sesiones, 1933, p.776.

⁸ “Memoria del Departamento Provincial de Trabajo”, San Miguel de Tucumán, enero de 1936.

conquistas (Thompson, 1984). La búsqueda de grietas en los sistemas normativos conforma parte fundamental de la estrategia de los grupos subalternos que buscan definir y extender sus repertorios posibles y también sus límites. Y, de hecho, los trabajadores azucareros solían adoptar diversas formas de desobediencia. Éstas fueron a veces espontáneas y anónimas: robos, quema de cañaverales, sabotajes. También denuncias a través de canales no institucionalizados como la prensa apuntando a visibilizar ciertas situaciones conflictivas. Otras veces la resistencia se planteó más organizada, conatos de paro, quejas sobre precios excesivos en proveedurías, protestas por el peso de la caña cosechada, pedidos de aumento de salarios, etc. Al mismo tiempo, también la huelga fue una estrategia utilizada. En ese sentido, la primera que adquirió cierto nivel organizativo se desató en 1904 en el departamento azucarero de Cruz Alta (Bravo, 2000). Posteriormente, si bien hubo numerosas tentativas de paro, recién en 1923 otra huelga alcanzó la magnitud y repercusión de la de 1904 (Bravo, 2009, Santamaría, 1984). Esta huelga fue reprimida violentamente, dejando como saldo numerosos obreros heridos, desalojados, detenidos, violentados y despedidos (*La Protesta*, 07/06/1923).

Pero todos los casos de indisciplina habían tenido una característica similar. Aunque existieron algunas formas de organización de la mano de dirigentes obreros o de sindicatos de las áreas urbanas de la provincia, que enunciaron programas reivindicativos y lograron coordinar los reclamos (Campi y Juárez Dape, 2006; Bravo y Teitelbaum, 2009); todos los actos de oposición de los trabajadores habían encontrado siempre dificultades para plasmarse orgánicamente y dar forma a alguna entidad gremial que los nucleara más allá de la protesta. El periódico anarquista local *Tierra Libre* (12/1922) comentaba que "todas las intentonas que se han hecho para organizarse sindicalmente contra la voracidad de estos verdugos han sido infructuosas en el sentido de estabilizarlas en el tiempo." La dificultad principal era entonces sostener la organización y darle continuidad.

Algo de ello tenía que ver con las características de la industria, sus modos de administración, las distancias que separaban a los trabajadores de los campos y colonias, la temporalidad y estacionalidad del trabajo, la urgencia de las tareas realizadas en un tiempo relativamente corto, el trabajo a destajo, etc. Pero la propia heterogeneidad del mundo obrero también constituía un nudo problemático, ya que los trabajadores encontraban en aquellos más calificados, -carpinteros, electricistas, metalúrgicos- ciertas resistencias a entablar acciones. Los maestros de azúcar, por ejemplo, se negaron a sindicalizarse con el resto de los trabajadores incluso en la década peronista (Rubinstein, 2006).

La clasificación de las tareas de fábrica y surco gravitó en el universo obrero, en tanto suponía un progresivo proceso de complejización y jerarquización laboral, que era fundamental para los trabajadores, especialmente los de fábrica. Y esto, tal como lo subraya Louise Doyon (2006:287) "disminuía la facultad patronal de administrar la fuerza de trabajo como una masa relativamente indiferenciada", pero también complejizaba los procesos asociativos y la consolidación de una identidad y un interés común. Así, las diferentes trayectorias y jerarquías internas del universo obrero, que en 1944 se dividían en 54 especialidades de fábrica y 47 de cultivo (Gutiérrez, 2011), fueron una barrera constante para la organización dentro de la industria azucarera dejando espacios solo para organizaciones fragmentadas.⁹

Las enormes diferencias sociales y culturales presentes en la planta de empleados quedaron plasmadas en las memorias infantiles de José Carmona, un obrero de ingenio e hijo de un peón de surco, quien recordaba las marcas de la discriminación propinadas por los hijos de los obreros de fábrica, "ahí vienen los empeñaos, nos decían y no se juntaban con nosotros."¹⁰ Por otro lado, y según acusaba la prensa obrera, había otro grupo de trabajadores que, al ser "nacidos y criados en los dominios del establecimiento y educados y desarrollados en un ambiente de jesuitismo y de esclavitud, consideran lo más natural la situación en que viven.

⁹El decreto de abril de 1944, que reglamentó las condiciones de trabajo y salario de los obreros de la agroindustria reconocía una pirámide laboral compuesta por el personal técnico o profesional; los empleados de escritorio (administración o campo); los peones (surco o fábrica); y los carreros o fleteros. (Schleh, 1947:266).

¹⁰Entrevista al Sr. José Florentino Carmona, obrero del ingenio Santa Ana, realizada por Josefina Centurión en octubre de 2000.

Estos secuaces son los más reacios a toda organización de resistencia contra la explotación capitalista [...] Cuando se les habla de organizarse, lo primero que hacen es comunicarlo al gerente o administrador.”(*Tierra Libre*, 06/1922)

Así, en este escenario complejo, la sindicalización nunca fue un proyecto amplio, ni mucho menos exento de conflictos. Tampoco abarcó a un conjunto vasto de trabajadores azucareros fuera de episodios puntuales de protesta, porque, como señalaba *La Protesta* (18/04/1924)

El paria de los ingenios no puede apelar a ese recurso y cuando la copa de la paciencia rebosa, cuando una situación cualquiera se le hace insostenible y ahuyentando todo temor se deciden a protestar o a exigir una parte de la justicia que le asiste o el respeto de un derecho que es inalienable, por toda contestación el señor de horca y chuchillo que es el dueño del ingenio y de la comarca, hace ocupar militarmente su dominio y a sangre y fuego reprime, ahoga todo movimiento reivindicativo.”

Sin embargo, a la luz de la historia de insubordinaciones, siempre existieron grupos con interés por agremiarse y estructuras con vocación de organizarlos. En 1924 la Unión Sindical Argentina intentaba hacer pie en la provincia y desde el Sindicato de Trabajadores de la Industria Azucarera con sede en la capital, intentaba dar conferencias en los ingenios para articularse con estos trabajadores. Estas eran constantemente boicoteadas por la patronal que organizaba fiestas con alcohol y banda de música en los mismos locales. El resultado era similar, los oradores eran frecuentemente agredidos y golpeados con la complicidad de la policía. Esos boicots, no obstante, eran resignificados para la lucha por sus organizadores afirmando que eran “la demostración más acabada del valor que ella (la organización) tiene en sí.” (*El Trabajo*, 10/04/1924)

Por otro lado, frecuentemente la prensa obrera realizaba denuncias de detenciones, despidos o deportaciones de trabajadores sospechados de estar trabajando en los ingenios para organizar a los obreros. Así, aquellos que se atrevían a presentar demandas eran rápidamente exonerados. A todos ellos, por lo general, una vez fuera de la nómina de empleados, se les prohibía la entrada a los territorios de la empresa. En el mismo sentido, las amenazas de desalojo eran corrientes, ya que solía repetirse que quien no acatara los mandatos de la administración “se encontrará con todos sus trastos en la calle” (*Tierra Libre*, 07/1922). En consecuencia, en la industria azucarera un despido implicaba también la expulsión del pueblo. Pero los procedimientos para hacerlo no eran siempre los más afables: “Inmediatamente le mandaban el carro con este Señor para que cargue las pocas cosas que tenía [...] entonces lo cargaban y lo tiraban ahí donde ahora es la ruta 38, fuera del límite” (Centurión, 2000: 98). Los testimonios relatan lo difícil y peligroso que organizarse, pero los intentos pervivían. Cuando el sindicato no existía, decía un obrero entrevistado “Teníamos uno o dos representantes por colonia. [...] nos reuníamos en cualquier lado, bajo un árbol, se labraba una acta” (Centurión, 2000:99).

Paralelamente, las empresas fomentaban y colaboraban con las organizaciones de trabajadores que ellos consideraban plausibles, con el fin de construir y/o consolidar una “ética del trabajo” acorde a sus valores.¹¹ A la sazón, una fuerte impronta paternalista regía las relaciones sociales en los pueblos de ingenio, expresada principalmente en el fomento de actividades culturales, deportivas y también en la provisión de beneficios sociales. Algunos ingenios ofrecieron servicios como asistencia médica, seguro de trabajo y algún tipo de jubilación, pero no aceptaban que estos “beneficios” fueran respaldados por una legislación de cumplimiento forzado. Los empresarios solo consentían las prestaciones sociales a título de concesiones. En ese universo el principio de autoridad no era negociable y no se aceptaba ninguna forma de organización autónoma de los trabajadores.

¹¹En los ingenios la vida asociativa giraba mayormente alrededor de Círculos de Obreros y Sociedades de Ayuda Mutua, algunas financiadas por las empresas y otras sostenidas y administradas por la Iglesia con consentimiento de los administradores. Dentro de los existentes en los años treinta podemos mencionar al Centro Obrero del Ingenio Concepción, Sociedad Musical Obreros del Ingenio Trinidad, Círculo de Obreros del Ingenio Concepción, Centro de Obreros del Ingenio Santa Bárbara, Sociedad de Beneficencia y Socorros Mutuos del Ingenio La Providencia, Sociedad de Socorros Mutuos de Empleados y Obreros del Ingenio La Corona, Centro Recreativo y de Ayuda Mutua del Ingenio Nueva Baviera, etc.

Pero los truncados procesos de organización y lucha sin embargo, empezaron a sedimentar y de alguna manera eclosionaron durante la zafra de 1935. Esa cosecha estuvo signada por la proliferación de rumores de conflicto obrero que se empezaron a desparramar por las zonas azucareras. Funcionarios del Departamento Provincial de Trabajo acudían ante el murmullo de conflicto, pero la dinámica fue similar en todos los casos, ante la presencia de los funcionarios, los administradores solían negar la existencia de esos conflictos.

El rumor, señala James Scott (2000), es una forma poderosa de comunicación popular que construye información ambigua y constituye una forma de movilización eficaz. El anonimato le permite circular a través de la reapropiación, reelaboración y la exageración, y es en este proceso que gana riqueza en tanto transcribe las aspiraciones y los temores de aquellos que lo reproducen (Guha, 1999). De esta forma, el rumor en un escenario complicado para elaborar acciones de protesta, resultó una manera efectiva de visibilizar tensiones.¹²

Los subrepticios murmullos y el clima de convulsión que surcó la campaña tucumana a mediados de la década estaban, a los ojos de las autoridades, relacionados con las diligencias que, en colonias, fábricas y fincas, estaba realizando activistas sindicales, muchos de los cuales venían de la ciudad. La intuición oficial sobre la profundización de la acción de componentes agremiados urbanos en el área azucarera impulsó a los funcionarios estatales a buscar una rápida solución a aquellos conflictos que finalmente dejaron de ser rumores, como en el Ingenio Fronterita y en el Nueva Baviera. De esta forma, en acciones combinadas entre la intervención estatal y la acción policial, las demandas obreras intentaron ser satisfechas a partir de la firma de acuerdos presentados con garantía estatal.

Apenas un tiempo después, en ese contexto conflictivo se fundó con la presencia de delegados de varios ingenios -la prensa hablaba de más de cien trabajadores-, una organización de obreros azucareros, el Sindicato de Obreros de la Industria Azucarera (SOIA) con sede en Famaillá (*La Gaceta*, 18/10/1935). Este sindicato redactó estatutos, organizó una biblioteca y alquiló un local. Un tiempo después de constituido, el Centro Cañero -organización que nucleaba a los productores cañeros- le propuso “asociarse a los fines de obtener la revisión del laudo Alvear” (*La Gaceta*, 05/01/1936).

El inmediato reconocimiento de un sector de la patronal y la evidente solvencia económica de la organización, hacen suponer que tenía algún tipo de apoyo externo. En efecto, el DPT, luego de mediar en las huelgas de los ingenios Fronterita y Nueva Baviera, propuso constituir un sindicato de obreros del surco en Famaillá presidido por el director del DPT, para “intervenir directamente en las cuestiones que formulen los obreros antes de realizar cualquier petitorio a la administración del ingenio a los colonos o a las autoridades gubernativas”. En ese sentido, la idea era evitar, tal como lo sospechaban las autoridades, “la intromisión de elementos extraños a los intereses obreros, como los agitadores profesionales o perturbadores contra quienes la policía será y ha sido inexorable” (*La Gaceta*, 20/07/1935). Sin embargo, los trabajadores destacaron que esta sociedad había sido creada “por iniciativa de los obreros locales únicamente y que en la misma no han tenido ninguna intervención operarios de la Capital” (*La Gaceta*, 18/10/1935).

La situación, como un gran porcentaje de lo sucedido en los territorios azucareros es muy difícil de corroborar, pero el impulso organizativo sin dudas estaba presente. Unos meses después, las fuentes registran la conformación, de otro sindicato: la Unión General de Trabajadores de la Industria Azucarera (UGTIA), también en Famaillá. La idea de esta organización era canalizar la conflictividad y el impulso asociacionista, constituyéndose con los “representantes del sindicato de cada ingenio y de los campos que para el mismo trabajen o de él dependan” (*El Surco*, 10/1936). Nació, de esta forma, pensada como una organización de segundo grado para articular los sindicatos de todas las fábricas. Un tiempo después, esta entidad realizó con el SOIA enconosos intentos de unidad para conformar “una sola federación que agrupe a todos los trabajadores del surco y de fábrica” (*La Gaceta*, 13/07/1937;

¹²Un estudio interesante sobre el valor del rumor como disparador de acciones es el de Georges Lefebvre (1974) sobre el Gran Pánico de 1789. En él el autor analiza cómo en un ambiente de tensión social, política y económica, un rumor de “complot aristocrático” contra el Tercer Estado pudo disparar acciones violentas o revolucionarias.

27/08/1937). Luego de la fusión de ambos sindicatos, se conservó el nombre de UGTIA, organización que fue el pilar del trabajo sindical en el área azucarera hasta 1942, cuando la acción comunista comenzó a profundizarse en la campaña y se registraron ocho nuevos sindicatos por fábrica con respaldo de la Federación Obrera de la Alimentación (FOA). Fuera de estas estructuras sindicales, se fundaron otras que, aunque no prosperaron más allá del conflicto que les dio visibilidad, las organizaciones de trabajadores -o los intentos de ella- comenzaron a multiplicarse por la campaña.

El quiebre de la pasividad obrera en un territorio tradicionalmente hostil y la consecución de cierta estabilidad organizativa nos obligan a preguntarnos por las circunstancias o factores que cambiaron la tradicional tendencia a la disolución de las organizaciones gremiales azucareras. Las causas y las variables en juego que sostiene una explicación sobre las causas de este tipo de situaciones suelen ser numerosas y estar yuxtapuestas. Sin embargo, tomaremos aquí algunas de uso tradicional para explicar el incremento de la acción sindical y otras de índole más simbólico, que tienen que ver con el contexto donde se desarrolla la acción de los trabajadores.

Apartir de 1935 la industria azucarera logró recomponerse de las crisis de sobreproducción que atravesaba desde mediados de los años veinte y de la debacle económica de principios de los años treinta.¹³ Esto se reflejó en el incremento del número de trabajadores contratados. En 1936 se habían recuperado los números de empleo previos a la crisis, incluso se habían superado por escaso margen los guarismos de 1929. En 1936 había entonces un 30% más de brazos que en 1934, y un 78% más respecto a 1925.¹⁴

Por otro lado, en la arena política, la llegada de gobiernos de la Unión Cívica Radical (UCR) a principios de 1935 provocó algunos cambios en la relación Estado/trabajadores en el marco de un contexto de avance conservador en la mayor parte del país. Esos cambios se materializaron en una intensificación de la inspección y el control de las normativas vigentes como resultado de una mirada más benévola sobre el problema obrero (Ullivarri, 2011). De esta forma, la comparecencia estatal en plan de vigilancia transformó de alguna manera la percepción de los trabajadores –pero principalmente de los dirigentes– sobre su legitimidad social y sobre el alcance de la autoridad y la dominación patronal. Fue también el Departamento de Trabajo, el que sospechamos, dio impulso a la primera organización sindical de la década. Y el vínculo con el Estado no resulta un elemento menor en la acción de los trabajadores, sino que de alguna manera también la configura, alentándola o reprimiéndola.

Pero estos factores por sí solos no explican el surgimiento y la (frágil) consolidación de organizaciones sindicales. En Tucumán, como en el resto del país, a partir de la segunda mitad de los años treinta se produjo un notable crecimiento del movimiento obrero y, consecuentemente, de su voluntad de ocupar un rol nodal en la escena política del país (Matsushita, 1983, Horowitz, 2004, Murmis y Portantiero, 2004; Del Campo, 2005; Doyon, 2006, Torre, 2006). En ese contexto se creó en 1936 la Federación Provincial de Trabajadores (FPT). Esta central obrera fue producto de muchos años de intentos fallidos y desencuentros por articular las organizaciones gremiales de la provincia. Por lo tanto, su conformación definitiva puede ser entendida como un paso destacado en la maduración de la estructura sindical

¹³En los primeros meses de la década del treinta el problema azucarero se inscribió en la coyuntura económica desfavorable a nivel mundial. En 1930 los beneficios no llegaron a cubrir los costos de producción de los 27 ingenios instalados en la provincia, mientras que en los años posteriores la sobreproducción dejó importantes stocks sin vender y provocó la disminución de los precios del producto (Correa Deza y Campi, 2010). Ese fenómeno en un contexto de retracción del mercado interno y una coyuntura desfavorable para las exportaciones agravó aún más las pésimas condiciones económicas en las que se desarrollaba la actividad en el país (Campi y Kindgard, 2002). Asimismo, como consecuencia de la crisis, en 1932 y en 1933 no molieron algunos ingenios, profundizando la desocupación y generando entornos de miseria en las zonas aledañas.

¹⁴El Anuario Estadístico señala que en 1932 trabajaron 35.764 personas en los ingenios, en 1934 36.874 y en 1936 la suma ascendió a 47.647 obreros. Anuario Estadístico de la Provincia de Tucumán, años 1930-1936. Es posible también que estas cifras tengan que ver con el incremento del número de explotaciones cañeras que pasaron de 6.116 explotaciones en 1929 a 14.818 en 1937 (Campi y Juárez Dape, 2006).

tucumana que, de alguna manera, acompañaba el crecimiento de la misma estructura a nivel nacional signada por el crecimiento de la matriz organizativa del sindicalismo, especialmente con la creciente influencia comunista, el trabajo del socialismo y el afianzamiento de la CGT (Matsushita, 1983; Del Campo, 2005).

Para los trabajadores azucareros el rol de esta Federación no fue menor, ya que permitió fortalecer los vínculos entre las organizaciones de la campaña y las de la ciudad y en conjunto los dirigentes urbanos y también los activistas del mundo azucarero comenzaron a trabajar sobre las reivindicaciones laborales clásicas (salario, condiciones laborales, eliminación de proveedurías, asistencia médica, entre otras). Pero ese respaldo también les permitió, en un primer momento, proponer modelos de autopercepción diferentes y alternativos a los formulados por las empresas. El sindicato sostenía que "El mayor de nuestros males es la ignorancia, el que viene después es casi tan grande como éste, nuestro abandono". Era entonces fundamental trabajar sobre ese problema. "Poco a poco vamos saliendo del primero, el hombre de trabajo de la campaña Argentina va enterándose de sus males, pero tiene un fatal encogimiento de hombros ante ellos, vamos sabiendo algo de nuestro derecho, pero perplejos ante él, es igual que si lo ignoráramos" (El Surco, 10/1936)

En esa tónica, las organizaciones gremiales irrumpieron con fuerza en un escenario simbólica y jerárquicamente construido para subalternizar a los trabajadores y fueron consolidando su agencia yendo más allá de la propia base cultural, introduciendo una pequeña fisura en los patrones de dominación y explotación y habilitando condiciones para la consolidar un proyecto propio. "No queremos tutela de quien propiamente la está mereciendo" fue entonces una de las consignas principales de la UGTIA (El Surco, 10/1936). Faltaba trasladar eso a la mayor parte de los trabajadores azucareros.

Representaciones y discursos: disputas por la palabra

Hay un espacio de reconocimiento que siempre está en disputa y es ciertamente inherente a las luchas sociales (Honneth, 1997). Se vislumbra allí donde un grupo de individuos madura la conciencia de haber sido objeto de una injusticia: derechos negados, violencia física, (des)respeto social (Honneth, 1997). En ese sentido, Nancy Fraser (2000) señala que esas luchas por el reconocimiento tienen dos fundamentales dimensiones. Una de ellas es una dimensión distributiva que se refiere a la asignación de los recursos disponibles, la otra, es la propia dimensión de reconocimiento que se refiere a los efectos de las significaciones y las normas institucionalizadas sobre las posiciones relativas de los actores sociales. Las prácticas sindicales suelen anclarse mayormente en la primera de las dimensiones. Así la acción directa, la huelga y la demanda por condiciones de trabajo abrevan en la disputa por la distribución de los recursos. Pero es cierto, no obstante, que ambas dimensiones son inseparables (Honneth, 2006), ya que las motivaciones extraeconómicas –morales– son constitutivas de las disputas sociales y se relacionan con el anhelo de estar incluido en la sociedad, de ser reconocido y escuchado. El reconocimiento en su segunda acepción, tiene en este sentido, un vínculo con la necesidad de ser agente, hablar y actuar y demandar. Disputar el reconocimiento permite a los sujetos, fundamentalmente, ampliar el horizonte de sus expectativas como protagonistas de la acción.

La capacidad de autodeterminación está desigualmente distribuida en el tejido social y el universo del trabajo rural solía ser (y suele ser) víctimas del menosprecio, falta de derechos y exclusión, con bastante más frecuencia que otros espacios laborales. Por eso, construir un sindicato y construir una clase obrera tenía en algunos espacios sindicales y especialmente del el universo rural, una base muy arraigada en la lucha por el reconocimiento.

En esa dirección, la ausencia de huelgas durante el período 1936-1942 en el espacio azucarero puede hablar de un sindicalismo débil. De hecho, es probable que así lo fuera porque la UGTIA se mostró, desde el inicio, reticente a realizar acciones directas y, por ese mismo *modus operandi*, las demandas tradicionales presentadas siempre mediante escritos no habían podido avanzar más allá de reclamos particulares. El sindicato estuvo muy lejos de dar forma a un convenio colectivo que transformara de cuajo las relaciones laborales en la industria, pero sus dirigentes si eran conscientes de un profundo escenario de agravio y de injusticia. Por eso mismo, el trabajo más destacado de su dirigencia fue comenzar a dar sentido a una nueva

realidad política y social para esa rama de actividad a partir de legitimarse como actores para construir desde ahí nuevas expectativas y estrategias.

Durante la década, la subjetividad fue el terreno que estaban disputando porque allí anidaban las formas de control que buscaban la interiorización de la disciplina y los valores fomentados por el ingenio. Por lo tanto, también en ese plano los dirigentes empezaron a trabajar y llevaron adelante sus prácticas de resistencia y oposición con la idea de apropiarse de ese habitus, de los esquemas interpretativos que condicionaban su existencia y en última instancia, tratar de resignificarlos revirtiendo una subjetividad subyugada (Riccouer, 2006). Al mismo tiempo, apostaron por informar y enseñar a los trabajadores sus derechos y los límites que debían poner a las empresas. Allí, por lo menos, era donde mejorpodían entablar la batalla, porque sin organización y sin consciencia no había resistencia posible.

La construcción de nuevos marcos se objetivó en los discursos donde los trabajadores comenzaron a adquirir existencia social. En efecto, a través de la palabra vertida en numerosos mítines y reuniones que realizaban en los pueblos y en los campos, y apoyados por la estructura sindical urbana, con quienes solían compartir tribunas, dieron nombre y rostro a las formas de poder que controlaban los códigos culturales. El triunfo de los subalternos, señala Melucci (1999) es hablar de otro mundo posible, de otra lógica social. Es allí donde el lenguaje se convierte siempre en un campo politizado y de conflicto. Las protestas, en esta línea, no son sino luchas por la producción de sentidos donde los actores disputan la definición de la realidad y de la propia subjetividad. Por ello, en los primeros años de su existencia, el principal logro de los sindicatos (y luego del sindicato) fue apostar a romper todo un espectro de representaciones arraigadas, la mayoría de las cuales caricaturizaba al obrero azucarero como un hombre vago, que no aspiraba “al mejoramiento y al bienestar que se conquista con el trabajo” y que, en cambio, tenía “hábitos de vida primitiva” y cuyo sueldo “destina al consumo de alcohol.” (*La Gaceta*, 02/11/1930).

Ejemplos como este abundan en las fuentes. En la *Revista Azucarera* solía comentarse el mal manejo que hacía el obrero del dinero, ya que “no conoce tampoco los pasatiempos saludables.” (*Revista Azucarera*, 05/1922:132). En ese mismo sentido, el interventor de la provincia de Catamarca dirigió una inspección en Tucumán para constatar el trabajo de los numerosos obreros catamarqueños que se empleaban en la cosecha y señaló con entusiasmo la importancia de pagar los salarios al finalizar la zafra “a fin de evitar el derroche innecesario”. (*La Industria Azucarera*, diciembre de 1949: 694). Con el mismo tenor, comentó, refiriéndose a los obreros, que “en gran parte de ellos falta aspiración para sacar mayor provecho del trabajo que se les proporcionaba, contentándose con percibir jornales reducidos, cuando en realidad podían obtener un mayor beneficio”. De igual modo, investigadores sociales de la Universidad de Tucumán destacaban que “la indolencia” era la característica del poblador de la campaña “incapaz, desgraciadamente, del menor esfuerzo para mejorar su situación.” Por ello, “de nada servirá que el obrero tenga mejor salario si le ha de emplear, como hasta ahora, para alcoholizarse” (Figuería Román, 1943: 151). Por su parte, los voceros de la industria afirmaban en la prensa que “Los trabajos de la industria azucarera no tienen nada de malsanos. El paludismo, las enfermedades pulmonar y otras, el clima subtropical variable, el alcoholismo y las costumbres primitivas del trabajador campesino son las causas de su degeneración física y moral. Esos males no puede ser achacados a la industria” (*La Gaceta*, 20/08/1937).

Esta situación, sin embargo, no fue exclusiva de los discursos hegemónicos, sino también parte de la misma mirada de ciertas dirigencias obreras sobre los trabajadores del azúcar. Así, tanto más radicales eran los cronistas de *Liberación*, (17/06/1927) quienes frecuentemente descalificaban la “falta de conciencia” de estos trabajadores y su displicencia.

Pueblo ignorante, pueblo de mide carga, que ni ven ni entienden otra cosa, que trabajar y emborracharse, rezar, lamentarse. Ni los engaños de los políticos, el látigo de los negreros, la explotación descarada, el robo infame, nada le saca de su pasividad homicida. Y es que, es así, pueblos ni ideas, pueblo muerto, montón de carne con ojos, vientres.

Estas prédicas tan despectivas pensadas desde una publicación anarquista, desconocían violentamente los universos culturales del espacio azucarero. Fundamentalmente acotadas a los “obreros del cerco”, todas estas representaciones también desdibujaban la complejidad del

entramado laboral azucarero. Analizado en clave productivista o medido en términos de consciencia, había en estos discursos una incompreensión sobre la racionalidad económica de los trabajadores quienes hacían sus labores para vivir. Pero, asimismo, dibujaban los rasgos de un conjunto muy heterogéneo de obreros a partir de una sola representación. La carga cultural negativa que describía a los obreros azucareros configuraba un mundo donde la falta de higiene, la religiosidad primitiva, el alcoholismo y los juegos de azar conformaban el eje de la vida obrera (Campi, 2009).

Estas representaciones tenían una larga historia y de alguna manera reproducían un sistema tradicional de dominación de antigua data en la campaña tucumana. Aunque los sistemas de “conchabo” habían sido abolidos en 1896, sus fundamentos se perpetuaban a través de las representaciones sobre la indolencia o displicencia obrera. En efecto, a partir de esas representaciones operaban los sectores patronales, antes, para garantizar la provisión de mano de obra mediante leyes contra la vagancia y, posteriormente, para justificar salarios magros, prácticas de exacciones extraeconómicas, vales, pago en alimentos y malos tratos.

En esa lógica, los discursos industriales estaban constantemente orientados a persuadir sobre la ineficacia de la legislación. En la *Revista Azucarera* (05/1922: 132) –órgano del Centro Azucarero Argentino, corporación que nucleaba a los industriales– podía leerse acerca de que “disminuir por ley las horas que trabaja (el obrero) es incitarlo a que caiga más bajo en el vicio.” De esta forma, explicar las “nefastas” consecuencias de la legislación, así como también argüir su inutilidad eran criterios frecuentes para dilatar las discusiones y las sanciones.

Sobre este universo de representaciones y sobre la construcción –y la imposición– de una subalternidad consolidada a partir de la definición del campo de sentidos que imponía una subjetividad y marcaba cuáles eran las acciones, reclamos y repertorios válidos y los espacios posibles de acción para los trabajadores, el sindicato y sus dirigentes actuaron insistentemente. En las declaraciones de la UGTIA se señalaba que:

[...] una afirmación que a fuerza de ser muy repetida se está creyendo hasta por muchos que saben es falsa. La de que en último término se hace un bien al trabajador del norte con no entregarle dinero por su trabajo, por su falta de conocimiento y de control hacen que lo prodigue en lo primero que se le presenta la más de las veces en perjuicio de él y de los suyos [...] No podemos ni queremos aceptar esa tutela infame, depresiva. (El Surco, 10/1936)

Este primer esbozo de lucha se sostuvo al margen de las huelgas o los repertorios clásicos y apuntaba a desarmar un discurso hegemónico, instalar al sindicato como un actor legítimo, mostrar que representaban intereses colectivos con valor social, inculcar y enseñar los derechos adquiridos y, al mismo tiempo, intentar acercar a otros trabajadores al sindicato. En esa dirección todavía en 1942 un delegado de la Federación Obrera de la Alimentación expresó a las autoridades que no pretendían “crear perturbaciones a la industria” sino que, a través de la acción sindical, apuntaban a organizar “una clase obrera seria y responsable capaz de entender y solucionar sus problemas.” (La Unión, 19/09/1942) Así:

Cuando la marcha del sindicato y su progreso lo vaya exigiendo se irán tomando las medidas necesarias para asegurar su mejor desenvolvimiento, del mismo modo que ahora se está poniendo en práctica lo que nuestra experiencia nos está aconsejando, con el fin de que los trabajadores del ingenio y del surco cuenten con una organización todo lo fuerte y todo lo grande como para que sus necesidades de mejoramiento quepan en ella y como para que resista las arremetidas conque sus enemigos tratarán de derribarla. (El Surco, 10/1936)

La consolidación de un escenario sindical fue lenta y pausada. Organizar a la clase obrera no era una tarea tan fácil en territorios como los azucareros. El sindicato repartía panfletos y daba conferencias también advirtiendo sobre las prácticas empresarias indicando a los trabajadores “que no permitan la retención de parte alguna de su salario por proveedurías, rifas, colectas, etc., debiendo exigir el pago en el mismo lugar en que trabajan, antes de terminar la jornada y a cada obrero personalmente” (La Gaceta, 13/06/1937). Demandaban, asimismo, el cumplimiento del Laudo Alvear, el control en las balanzas por parte de los obreros y cañeros, asistencia médica, parteras para sus esposas, medicamentos gratuitos con la urgencia que cada caso lo requiera y casas higiénicas y cómodas para los obreros y sus familias. Todas las zafras,

además, el sindicato publicaba y repartía un manifiesto solicitando la adecuación de los salarios y jornales al costo de la vida, señalando asimismo la falta de penalidades para el incumplimiento de la ley por la que esta “queda a voluntad de los fabricantes y de algunos que otros cañeros, infringiéndola la mayoría” (El Orden, 09/07/1937). Finalmente, también trabajaron sobre los hábitos más comunes, haciendo campañas contra el juego y el alcohol, mientras intentaban fomentar hábitos de aprendizaje y formación, “los trabajadores, si queremos hacer algo, tenemos que leer” (El Surco, 10/1936). La idea era dejar claro que “no son parias en su mismo suelo” y que tenían “un camino de derechos que la ley les acuerda” (El Surco, 10/1936).

Este trabajo se realizó en conjunto con la Federación Provincial de Trabajadores, pero fue también apoyado por el gobierno de la UCR, que recibía los dirigentes en su despacho, promovió una mayor presencia del Departamento de Trabajo en las zonas azucareras y trabajó en conjunto para lograr reglamentar los salarios mínimos. Como contrapartida, el sindicato mandó a votar al candidato radical Miguel Critto en las elecciones para gobernador de 1938, señalando que también lo hacían en agradecimiento a los acuerdos firmados con Alvear (La Gaceta, 22/10/1938). Y aunque no tenemos información sobre notas similares para las elecciones de 1937 donde el mismo Alvear fue candidato a presidente, la nota del sindicato señalaba “el deseo unánime de unión para salvar los intereses de la clase trabajadora que han estado amenazados de sufrir un rudo golpe en las conquistas hechas hasta el presente bajo los gobernantes radicales que tuvo Tucumán” (La Gaceta, 22/10/1938).

La incursión en política de un sindicato empezó a dejar de ser extraña en la política provincial. Pero en el caso del azucarero, existió también un componente reivindicativo en el sentido de disputar también esos espacios de sojuzgamiento político de los que venían siendo víctimas. Sin embargo, esta pronunciación del sindicato, que correspondía a otras similares de otras organizaciones vinculadas al socialismo obrero y al comunismo, rompe, de alguna manera con la impronta socialista de su fundación. El sindicato se formó con amplio apoyo del Partido Socialista y esto se hizo evidente en las notas y los augurios recibidos, así como también las ventas que realizaba de los libros de la editorial La Vanguardia. Por eso, el apoyo abierto al candidato radical genera un mar de dudas en un escenario de escasez de fuentes y documentos. Una posible explicación puede ser que la división interna del socialismo tucumano haya colocado en mayoría a la tendencia socialista obrera dentro del sindicato, dejando solamente a su secretario general en el socialismo tradicional. Sin embargo, no hay registros sobre las disputas en ese sentido, ni quedan testimonios que acrediten los desencuentros. Partiendo de esa dificultad, solo pondremos en evidencia que el apoyo del socialismo había contribuido a esta suerte de batalla cultural del sindicato acompañada de visitas de los congresistas socialistas que venían trabajando desde el Congreso para generar mejores condiciones de vida. Nicolás Repetto y Alfredo Palacios visitaban con frecuencia la provincia, pero no habían, sin embargo, logrado obtener definiciones concretas. Los gobiernos radicales, en cambio, si habían generado en la provincia espacios de diálogo y consenso tanto más concretos y tangibles y, a juzgar por la nota presentada, existía una suerte de “sensación de amenaza” sobre las conquistas obreras, que aglutinó a la mayoría de los sindicatos tucumanos en el bando del candidato Miguel Critto.

En definitiva, los primeros años de esta estructura sindical estuvieron signados por los esfuerzos por consolidarse y sostenerse, a la par de construir alianzas con el movimiento obrero de la ciudad. En estructuras de este tipo, no solo el afianzamiento interno, sino también el fortalecimiento de los apoyos externos resultan indispensables para sostenerse.

La conflictividad en tiempos de guerra mundial

En el marco de la consolidación de los apoyos externos, en 1939 el Primer Congreso Ordinario de la CGT se propuso seriamente trabajar para organizar a los azucareros, yerbateros y trabajadores de la industria forestal porque “los obreros ocupados se hallan sometidos a una explotación inhumana con absoluto desconocimiento de la legislación del trabajo y de las más elementales condiciones de higiene” (CGT, 25/08/1939). En la provincia, la Federación

Provincial de Trabajadores tomó a su cargo el plan cegetista y comenzó una campaña por conseguir mejoras.

Por su parte, el gobierno había trabajado en proyectos para mejorar tanto el salario como las viviendas y para eliminar proveedurías y conchabadores. Estos dos últimos factores, casi constitutivos de la industria, dejaban gran parte de los salarios obreros en manos de terceros. Sin embargo, la disputa por los salarios fue exitosa en parte, ya que a mediados de 1940 un decreto provincial puso en vigencia el jornal mínimo de \$3 por tonelada de caña cosechada, tendiente a reglamentar definitivamente el cumplimiento del Laudo Alvear. No obstante, la algarabía generada por lo que los dirigentes sindicales consideraron una conquista fundamental, duró muy poco. Esta ley, que legislaba sobre un acuerdo entre partes aceptado y firmado en 1928, fue declarada inconstitucional a los pocos meses, luego de la presentación judicial de inconstitucionalidad que hicieran varios cañeros y empresarios de la provincia.¹⁵

A esa altura de las circunstancias las zafras habían vuelto a ser conflictivas después de varios años y la prensa vuelve a registrar descontentos. Hubo un conato de huelga en el Ingenio Leales porque la caña de los zafreros fue rechazada por estar “mal despuntada” (La Gaceta, 22/06/1939), días después, el secretario general de la UGTIA convocó a una reunión de la FPT señalando que “los patronos restringen con la complicidad de la policía la libertad de reunión y persiguen a los dirigentes obreros” (La Gaceta, 25/07/1939). La FPT tomó a su cargo el caso ante la gravedad que revestía la persecución a los dirigentes y presentó notas al gobernador y a la legislatura (18/08/1939). Al año siguiente los obreros de la colonia San José de Famaillá protestaron por la falta de un pozo de agua, falta de pago y precios de las proveedurías (La Gaceta, 23/07/1940), se registraron despidos de trabajadores que exigían el cobro de \$3 por tonelada de caña pelada y hachada (La Gaceta, 11/08/1940 y 04/09/1940) y rechazos de obreros a los vales de proveeduría (La Gaceta, 13/08/1940). Asimismo, circuló un manifiesto de obreros de las colonias Posse Abella y Finca del Banco invitando a constituir un sindicato (La Gaceta, 24/08/1940). También la prensa registró numerosos casos de protestas individuales por el precio de la caña cosechada y pelada, mientras que, por su parte, el sindicato también se esforzaba por ir canalizando las demandas para conseguir aumento de jornales en un contexto de carestía. En ese escenario, la FPT y la Comisión Cooperadora de la CGT, que la suplantó en 1942, decidieron enviar delegados a los lugares de pago.

La situación en el campo se volvía cada vez más conflictiva porque, además, los cañeros e industriales estaban discutiendo, de manera bastante beligerantemente, el precio de la caña. Asimismo, ese contexto de conflictos excedía las zonas azucareras, y se extendía hacia la mayoría de los sindicatos de la provincia. En ese contexto comenzaron a producirse detenciones de dirigentes y el secretario general del sindicato, empleado del ingenio Mercedes, fue despedido potenciando las protestas. Al compás que la prensa elaboraba frecuentes editoriales sobre el salario de los trabajadores y la necesidad de hacer cumplir el Laudo Alvear. Esta conflictividad excedió los intentos sindicales de dar cauce al descontento, ya que se extendió entre núcleos obreros desorganizados que la UGTIA no pudo manejar, a pesar de sus intentos desesperados de exigir la presentación de denuncias ante sus delegados.

La zafra de 1942 fue el punto álgido de un proceso de descontento social. El tono casi desolador de las editoriales del diario *La Unión* advertía que “el fin de la zafra marca(rá) el comienzo de una época de penurias y estrecheces para miles y miles de trabajadores de nuestra campaña [...] enfrentados con una realidad que no les ofrece solución alguna” (*La Unión*, 26/08/1942).

¹⁵La apelación a la inconstitucionalidad de las leyes de salario mínimo era un mecanismo frecuente de defensa corporativa empresarial (Cfr. Bravo, 2009y Lenis, 2009). La jurisprudencia del caso databa de 1929 cuando la Corte Suprema de Justicia de la Nación declaró inconstitucionales dos leyes de salario mínimo de la provincia de Mendoza, fallo que la Revista Azucarera publicó íntegro y que hizo extensiva la inconstitucionalidad a las primeras leyes sobre la materia sancionadas en Tucumán en 1923. El argumento señalaba que al tratarse de una locación de servicios por pagarse un “precio” por tonelada (precio por servicio) se trataba de una relación contractual entre partes cuya regulación se encuadraba dentro del Código Civil. De modo que solo el Congreso de la Nación poseía facultades para modificar las disposiciones de dicho Código y no a las Legislaturas provinciales.

En el escenario político, asimismo, la situación distaba de ser holgada para los trabajadores ya que luego de la renuncia del presidente Ortiz en 1941, la asunción del conservador Ramón Castillo a la presidencia llegó acompañada de restricciones a la actividad sindical y estado de sitio que, como ya mencionamos, se manifestó en detenciones y persecuciones. En ese mismo sentido, su plan de “conservadurización” del país, lo llevó a intervenir la provincia a principios de 1943.¹⁶

Estas circunstancias fueron complementarias de una especial coyuntura. Durante los primeros años de la década de 1940, una plaga –el carbón– llegó a afectar al 30% del área cultivada en la provincia, generando zafras cortas y desocupación.¹⁷ La caña se volvió más pequeña y por lo tanto, para cosechar una tonelada se requería más trabajo que el habitual. Así, no solo habían perdido la batalla por el salario mínimo, sino que para obtener el jornal que solían ganar, debían trabajar mucho más en un contexto inflacionario.

El desarrollo de conflictos en una época de dificultades económicas, represión y bajo empleo sirve como indicador de la gravedad de la crisis que atravesaba la provincia (y el país). Este contexto lejos de aminorar las protestas, las potenció. Asimismo, además de las medidas de fuerza endémicas que surcaron los campos, los trabajadores azucareros también visibilizaron el malestar a través de manifiestos y cartas públicas. En ese sentido estas notas publicadas en periódicos comenzaron a ser sospechosamente abundantes. En uno de ellos se afirmaba que:

La situación ya afligente por los exiguos salarios, se ve agravada por el hecho de que el período de trabajo se limita solo a la mitad del año, con lo cual el sueldo promedio mensual de cada obrero es de unos \$40, la carestía actual de la vida y los despojos de que son objeto por parte de las proveedurías [...] las viviendas se encuentran en estado ruinoso, la asistencia médica es insuficiente y que no se pagan los accidentes de trabajo (*La Gaceta*, 29/08/1942).

Muchas epístolas denunciaban los precios de las proveedurías, los malos tratos y la necesidad de mejoras. Otras tenían una carga emotiva mayor en tanto podían percibirse ciertas experiencias colectivas. En ese sentido, un obrero del ingenio La Fronterita, relató en una misiva las “vicisitudes económicas y morales” por las que atravesaban los trabajadores azucareros que tenían “la sensación de no tener ningún valor” (*La Gaceta*, 17/08/1942). Allí narraba los pormenores de la huelga de 1935 donde habían conseguido la promesa de “la anulación de las proveedurías y que se pagase los salarios obreros en moneda nacional y no con vales.” Sin embargo, “Ninguna de todas estas aspiraciones ha sido materializada.” (*La Gaceta*, 17/08/1942). En el mismo registro, Ceferino Urquiza, se quejaba de que “los señores directores sostienen que estamos muy bien y que no necesitamos de nada, ellos tienen una pileta que cuesta más de veinte mil pesos y una estupenda cancha de golf amén de otras “fruslerías” por el estilo, mientras las casas que habitamos son inmundas” (*La Gaceta*, 28/04/1942). Las muestras de hartazgo, de la que estos testimonios son ejemplos, se generalizaban en un clima de época que avalaba un tono que conjugaba la disputa por la subjetividad y la acción directa para lograr mejoras.

Y en esas circunstancias, los comunistas encontraron el mejor espacio para actuar. Primero fundaron un sindicato en el ingenio San Pablo (Obanta) llamado Sindicato Obrero de la Industria Azucarera, que se adhirió inmediatamente a la Federación Obrera de la Alimentación (FOA). El gremio contaba con aproximadamente 250 afiliados, la mayoría de ellos obreros del surco. Sin embargo, a los pocos días de organizado, dos de sus dirigentes fueron despedidos. El sindicato declaró la huelga, pero solo logró paralizar algunas plantaciones y colonias y tuvo nulos resultados en la fábrica, porque como ya mencionamos, las enormes diferencias entre el personal de las empresas, complejizaba los procesos de asociación y protesta. Pero, al mismo

¹⁶La intervención se implementó luego de las elecciones para gobernador de 1942 que dieron un virtual empate entre las fuerzas que no pudo definirse en el Colegio Electoral. El mandato del gobernador radical Miguel Critto venció a principios de 1943 y el Poder Ejecutivo Nacional intervino la provincia.

¹⁷El carbón es una enfermedad producida por el hongo *Ustilago scitaminea*. Ingresó por primera vez en Argentina en 1940 y se manifiesta en el tallo de la planta donde se observa una masa pulverulenta conformada por esporas de color negro que se asemejan al carbón. Las plantas infectadas son delgadas, de bajo porte y tienen bajo contenido de sacarosa.

tiempo, como paralelamente se desarrollaban varias huelgas dirigidas por comunistas en la ciudad, circulaba la sospecha de que la influyente dirigencia de esos sindicatos estaba trabajando también en la huelga azucarera. Este guante fue recogido por el Administrador del Ingenio San Pablo que, disconforme con las respuestas de las fuerzas locales de orden, acudió al Ministro del Interior de la Nación para denunciar la pasividad policial frente a la presencia de “elementos extraños”. Asimismo, caracterizaron la protesta como un conjunto de “ilícitos denunciados que, además de afectar la tranquilidad interior en pleno estado de sitio, perjudican principalmente a los obreros de la cosecha y obstaculizan la elaboración del azúcar” (*La Unión*, 26/08/1942). En este sentido, los industriales tenían un “as en la manga”. En efecto, debido a los problemas de la zafra acarreados por el “carbón”, peligraba el abastecimiento nacional de azúcar “tan necesaria para el consumo interno al punto que el gobierno nacional ha prohibido toda exportación de la misma.”¹⁸ De esta forma, era necesario que se garantizara la continuidad de la cosecha para evitar mayores inconvenientes.

A diferencia de la UGTIA, el novel sindicato comunista era una organización de empresa y estaba expuesto a las represalias de la compañía que se profundizaban a medida que la protesta se extendía. Esta situación de vulnerabilidad se profundizaba porque la central obrera provincial, la Comisión Cooperadora de la CGT, desconoció al sindicato declarando que “ya contaba la provincia con un organismo que nucleaba a los trabajadores del azúcar.”¹⁹ Estas disputas se enmarcaban en los conflictos internos de la CGT y repercutían en la provincia de manera muy clara. La FOA decidió entonces enviar un delegado a la provincia para sostener y legitimar la acción de sus adherentes ante la situación de soledad y represión. Al mismo tiempo, el resto de los sindicatos comunistas de la provincia pidieron garantías a la Comisión Cooperadora dirigida por socialistas, visibilizando que la lealtad de los numerosos trabajadores del azúcar era, en efecto, un “botín suculento” para los diferentes grupos obreros. Y aquí no solo rivalizaban por un terreno que prometía enormes beneficios para negociar espacios sindicales tanto provinciales como nacionales; era también una disputa simbólica, ya que los trabajadores azucareros eran el “alma y nervio” de la producción tucumana.

Esta disputa quedó aún más en evidencia cuando el delegado de la FOA, desconociendo la solicitud de la CGT local, aprovechó su estadía en la provincia para profundizar la estructura sindical adherida a esa federación fundando organizaciones azucareras en La Reducción, Monteros, San Juan y Lules, disputando espacios concretos de acción a la UGTIA y a la Comisión Cooperadora.

Para marzo de 1943 ya había seis sindicatos azucareros en la provincia y con la inminencia de la zafra todos se movilizaron intensamente. La UGTIA parecía no haberse adaptado al escenario conflictivo y solo envió notas al Centro Azucarero Regional solicitándoles un aumento salarial, tal como venía realizándolo desde su fundación. Por su parte, los Sindicatos Obreros adheridos a la FOA, en conjunto con las filiales de las provincias azucareras de Salta y Jujuy, organizaron una campaña de movilización activa para lograr imponer las mejoras deseadas. Aprovechando esas circunstancias, se abocaron también a preparar un congreso para lograr la integración regional con Salta y Jujuy a través de una Federación Obrera de la Industria Azucarera, configurando la organización de un sindicato por industria.

Sin embargo, el 4 de junio de 1943, un golpe de Estado cambió las reglas del juego y la historia de los trabajadores dio un vuelco radical que excede el objetivo de este artículo pero que, no obstante, no puede ser entendido sin la experiencia previa construida durante los años aquí analizados.

¹⁸Telegrama enviado por el administrador del ingenio San Pablo al Ministro del Interior de la Nación, reproducido completo en *La Unión*, 10/09/1942.

¹⁹El manifiesto de protesta decía: “Que el sindicato Unión General de Trabajadores de la Industria Azucarera, con sede en Famaillá y la Comisión Cooperadora de la CGT no han autorizado la constitución de un sindicato en Obanta y desconoce sus resoluciones por cuanto las aspiraciones de los trabajadores del campo ya fueron seria y responsablemente concretadas en el memorial elevado oportunamente al Poder Ejecutivo de la provincia, a la CGT, a los distintos bloques parlamentarios de la Nación y a la Comisión Investigadora de la Industria Azucarera.” Comunicado de la Comisión Cooperadora de la CGT, publicado en *La Unión*, 29/08/1942.

Reflexiones finales

La industria azucarera modeló las estructuras económicas de las regiones donde se implantó, transformó los paisajes sociales movilizandolos grandes contingentes de personas e incidió sobre las configuraciones del poder. Los habitantes de los ingenios estaban imbuidos de la cultura consolidada en los territorios azucareros. Ésta les daba un sentido de pertenencia a partir del cual se desarrollaban sus experiencias. Eran estas inscripciones de la pequeña localidad las que conformaban la identidad en las comunidades rurales de la provincia y pasaban a constituir un marco de referencia y una red de sentidos y de relaciones sociales (de Haan 1997: 160). Estas subjetividades podían ser movilizadas con fines prácticos, pero también, en sentido inverso, dificultar las acciones y las solidaridades. En definitiva, el territorio azucarero era complejo y enrevesado, con patrones de dominación cultural muy enquistados y potenciados por normas y prácticas que reproducían la hegemonía de la empresa.

Sobre ese universo cultural empezó a trabajar la UGTIA, que fue, en ese sentido, la materialización organizativa y dificultosa de un proceso histórico de constantes resistencias e intentos. Los apoyos con los que contó fueron varios, asimismo las condiciones favorables a nivel político, económico y sindical también colaboraron. Y aunque la Unión General de Trabajadores de la Industria Azucarera logró poco en términos materiales, sus méritos fueron muchos, consolidó vínculos organizativos, inculcó derechos adquiridos y disputó en lo simbólico con ahínco. El resultado, en sus inicios, se aproximaba más al deseo de expresar una identidad diferente a la socialmente instalada. Su aparición, y luego la de los sindicatos comunistas, irrumpió en un escenario de representaciones burdas sobre los trabajadores del campo. Estas intervenciones tenían el fin de cambiar un sistema de relaciones, tanto simbólico como material, introducir nuevas pautas en las viejas formas de las dinámicas sociales azucareras y también reforzar derechos. Y aunque puede decirse que sus gestiones fueron lábiles, implicó un hecho violento porque partió de construir una contrarrepresentación que apuntaba a negar la legitimidad del discurso de “consenso” que se pretendía instalar.

El conflicto clásico, la huelga, no fue utilizado por la UGTIA como estrategia de lucha. Los avances más exitosos fueron los organizativos, la estabilidad, la difusión de los derechos adquiridos y los se desarrollaron sobre lo simbólico, desafiando los códigos dominantes, a los cuáles pretendió desenmascarar, realizando operaciones en el marco de la subjetividad. De ahí la importancia de las formas organizativas estables en la industria, porque la existencia de un conjunto amplio de trabajadores, como el caso del azúcar, no asegura la presencia de intereses colectivos constituidos en base a la experiencia común. (Batalha, 2003: 163). En términos de Thompson (2001), una clase requiere que las personas tomen conciencia de sus relaciones, sus instituciones y sus valores, aquellos que le son propios, no los que les son impuestos o atribuidos.

Por ello, en esos años la historia de los trabajadores azucareros puede pensarse como un trayecto que, aunque lleno de dificultades, apuntó a convertirlos en actores colectivos, en una clase con intereses definidos. Pero en escenarios remisos a las acciones obreras y con cierta indiferencia de sus propios actores frente a las acciones corporativas, la toma de conciencia, el reclamo de derechos y la necesidad de revertir las representaciones negativas no fue un proceso lineal. La misma conflictividad de los territorios azucareros, los desenlaces políticos, la difusa cultura gremial y la estructura de alianzas fueron complejizando el escenario. El afianzamiento de una “cultura sindical”, que primero se nucleó en el radio urbano, fue sin dudas el hecho clave que le dio sustento, impulso y apoyo a la organización gremial en las zonas azucareras. Esta luego se amplió hacia la CGT y la FOA, una federación nacional que contaba con 6000 afiliados. Esta suerte de “*ethos* colectivo” que relacionaba ciudad y campaña, provincia y nación, sustentado en una legitimidad social exigida y otorgada por un gobierno que avalaba la demanda, transformó la trama de la problemática obrera y demostró la posibilidad de una nueva realidad. Pero esa misma estructura sindical que agilizó los procesos de lucha y demanda de los trabajadores azucareros, también condicionó, hacia principios de los años cuarenta, las posibilidades de extender la acción sindical. Ciertamente, los trabajadores azucareros eran un espacio codiciado para las diferentes corrientes del movimiento obrero y los enfrentamientos

internos del escenario gremial nacional y provincial dificultaron la consolidación de una estrategia en común en un escenario político complejo.

A pesar de ello, no deben desdeñarse para la experiencia de los trabajadores azucareros las protestas que comenzaron a crecer, los reclamos públicos, los logros organizativos que tuvieron lugar en algunos ingenios, ni las acciones huelguísticas –espontáneas y/o orgánicas– que jalonaron la década. Sobre esa experiencia de lucha, sobre los triunfos, y también sobre las frustraciones previas, se construyó en 1944 la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera, uno de los sindicatos más poderosos de la época peronista. Esa construcción se hizo en otra clave, pero esos trabajadores que brindaron su apoyo a Perón (Rubinstein, 2006) y que fueron protagonistas destacados de la historia, no aparecieron de la nada, de algún lado venían y el intento por reconstruir esa trayectoria compleja, sinuosa y poblada de dificultades fue el objetivo de este artículo.

Referencias bibliográficas

Aráoz, José Ignacio (1937), Detalles de nuestra industria azucarera que conviene conocer. Suelto reproducido en La Gaceta del 20 de agosto.

Ansaldi Waldo, (Comp.) (1993) Conflictos obreros rurales pampeanos, 1900-1937, Buenos Aires, CEAL

Ascolani, Adrián (2009), El sindicalismo rural argentino, Ed. U. de Quilmes, Bernal.

Batalha, Claudio (2003) “Formação da classeoperária e projetos de identidadecoletiva” en Ferreira, J; Delgado, L. (orgs.). *O Brasil Republicanos I. O tempo do liberalismo oligárquico*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira.

Bourdieu, Pierre, (1977) *Outline of a Theory of Practice*, Londres, Cambridge University Press

Bravo, María Celia, (2000), “Liberales, socialistas, Iglesia y patronos frente a la situación de los trabajadores en Tucumán” en Suriano, J. (Comp.), *La Cuestión Social en Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena.

Bravo, María Celia y Teitelbaum, Vanesa (2009), "Socialistas y católicos disputando el mundo los trabajadores. Protesta, sociabilidad y cultura obrera en Tucumán (1895-1910)", en *Entre pasados*, Año XVIII, N°35.

Bravo, María Celia (2009), *Campesinos azúcar y política, cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*, Rosario, Prohistoria.

Campi Daniel (2004) “BialetMassé y los trabajadores tucumanos del azúcar” En *A cien años del Informe BialetMassé. El trabajo en la Argentina del siglo XX y albores del XXI*. T. I. Jujuy, EDIUNJU, pp. 175-192

Campi, Daniel y Juárez Dape, Patricia, (2006), “Despegue y auge azucarero en Perú y Argentina, semejanzas y contrastes” en *Illei i Imperii*, 9. Diciembre.

Campi, Daniel y Kindgard, Adriana, (2002), “La política azucarera argentina en las décadas de 1920 y 1930 y la cuestión de la ‘justicia distributiva’” en Bolsi, A. (Comp.), *El complejo azucarero en Tucumán. Dinámica y articulaciones*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.

Campi, Daniel, (1999) "Notas sobre la gestación del mercado de trabajo en Tucumán (1830-1870), en Gelman, J., Garavaglia, J.C. y Zeberio B., *Expansión capitalista y transformaciones regionales. Relaciones sociales y empresas agrarias en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, La Colmena,

Campi, Daniel, (2009), "Contrastes cotidianos. Los ingenios del norte argentino como complejos socioculturales, 1870-1930", *Varia Historia*, Belo Horizonte, vol. 25, N° 41, pp 245-267, jan/jun.

- Centurión, Josefina, (2000), "Cultura y Sociabilidad en los Pueblos Azucareros", Tesina de Licenciatura, Universidad Nacional de Tucumán.
- Correa Deza, Florencia y Campi, Daniel, (2010), "La economía azucarera argentina bajo el impacto de la crisis de 1930", en *Actas del III Seminário de História do açúcar, Produção, trabalho e estruturafundiária*, USP, Sao Paulo.
- De Haan, Henk (1997) "Locality, Identity and the reshaping of Modernity. An analysis of cultural confrontation in two villages", en de Haan, H. y Long, N. *Images and Realities of Rural Life*, Holanda, Van Gorcum.
- Del Campo, Hugo (2005), *Sindicalismo y Peronismo. Los Comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, Siglo XXI,
- Doyon, Louise (2006), *Perón y los trabajadores*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI,
- Falcón, Ricardo, (1996), "La relación Estado-sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Yrigoyen", en *Estudios Sociales* n° 10, a. VI, 1° semestre.
- Figueroa Román, Miguel, (1943), "Problemas sociales de Tucumán", en *Revista Sustancia*, enero-febrero, año IV, N° 13, Tucumán.
- Fraser, Nancy, (2000) "Rethinking recognition" en *New Left Review*, N° 3, mayo- junio.
- Girbal De Blacha, Noemí, (1994), "Azúcar, Poder Político y Propuestas de Concertación para el Noroeste argentino en los años '20. Las conferencias de gobernadores de 1926-1927", en *Desarrollo Económico* Vol. 34, N° 133.
- Grimson, Alejandro, (Comp.), (2007), *Cultura y Neoliberalismo*, Buenos Aires, CLACSO.
- Guha, Ranahit, (1999), "La prosa de contrainsurgencia", en Dube, S., (Coord.) *Pasados Poscoloniales*. México, El Colegio de México.
- Gutiérrez, Florencia, (2011), "La dirigencia de FOTIA y los sindicatos de base: tensiones y conflictos en el proceso de sindicalización azucarero. Tucumán, 1944-1955", en *Actas de la II Reunión del Comité Académico Historia, Región y Fronteras de la Asociación de Universidades Grupo Montevideo*, Córdoba.
- Guy, Donna (2010), *Política azucarera argentina. Tucumán y la Generación del ochenta*, Tucumán, EDUNT.
- Hale, Charles., (1994) *Resistance and Contradiction Miskity Indians and the Nicaraguan State, 1894-1987*, Stanford, California: Stanford University Press.
- Honneth, Axel (1997), *La lucha por el reconocimiento: Por una gramática moral de los conflictos sociales*, Barcelona, Crítica.
- Honneth, Axel (2006), "Redistribución como reconocimiento: Respuesta a Nancy Fraser", en Fraser, Nancy y Honneth, Axel, *¿Redistribución o reconocimiento?*, Barcelona, Morata-Paideia.
- Horowitz, Joel, (1984), "Ideologías sindicales y políticas estatales argentinas. 1930-1943", en *Desarrollo Económico*, Vol. XXIV, N° 94.
- Horowitz, Joel, (2004), *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires, Eduntref.
- Lefebvre, George, (1974), *La Revolución Francesa y los Campesinos. El Gran Pánico de 1789*. Buenos Aires, Paidós.
- Lenis, María, (2009), "Empresarios azucareros y «cuestión social». El Centro Azucarero Argentino frente a las huelgas de 1923", en *Actas de las VIII Jornadas La Generación del Centenario y su proyección en el NOA, 1900-1950*, Tucumán.
- Leite Lopes, José, (1976), *O Vapor do Diabolo, o trabalho dos operários do açúcar*, São Paulo, Paz e Terra.

- Matsushita, Hiroshi (1983), *Movimiento obrero argentino 1930-1945*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- Melucci, Alberto (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (2004), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Ed. Siglo XXI.
- Murmis, Miguel, (1994), "Algunos temas para la discusión en la sociología rural latinoamericana: reestructuración, desestructuración y problemas de excluidos e incluidos", en *Ruralia*. N° 5, pp. 43-68.
- Ortner, Sherry (2005): "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna", *Etnografías Contemporáneas*, 1, Buenos Aires, Escuela de Humanidades, UNSAM.
- Palacios, A. (1938), *El dolor argentino*, Claridad, Buenos Aires.
- Ricoeur, Paul, (2006) *Caminos del reconocimiento*, México, FCE.
- Richard Jorba, Rodolfo, (2009) *El mundo del trabajo vitivinícola en Mendoza (Argentina) durante la modernización capitalista, 1880-1914*, en *Mundo Agrario*, V. 9, N° 18,
- Roseberry, William (1991) *Anthropologies and Histories Essays in Culture, History and Political Economy*. New Brunswick and London, Rutgers University Press
- Rubinstein, G., (2006), *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*, Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán.
- Salvatore, Ricardo (1992) "Reclutamiento militar, disciplinamiento y proletarización en la era de Rosas", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 5, Buenos Aires,
- Sánchez Román, José, (2001), "La Dulce Crisis. Finanzas, Estado e Industria Azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)", Tesis de Doctorado, Universidad Complutense de Madrid.
- Santamaría, Daniel, (1984), *Las huelgas azucareras de Tucumán, 1923*, Buenos Aires, CEAL.
- Santos Lepera, Lucía, (2008), "La Acción Católica Tucumana, Sociabilidad y cultura religiosa en los años treinta. El caso del Centro de Hombres de San Pablo", mimeo.
- Scott, James, (2000), *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México, Era.
- Schleh, Emilio (1947), *Compilación Legal sobre el Azúcar*. Buenos Aires, Imprenta Ferrari Hnos.
- Solari, Juan Antonio (1937) *Los trabajadores del norte argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia,
- Thompson, E.P. (1984), *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- Thompson, E.P. (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica.
- Thompson, E P: (1995) "Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial", en Thompson, Edward P., *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica,
- Thompson, E. P., (2001), "Folclore, antropología e historia social" en Negro, A. L.; Silva, S., *A peculiaridade dos ingleses e outros artigos*. Campinas, Ed. Unicamp.
- Torre, Juan Carlos (2006), *La vieja guardia sindical y Perón*, Buenos Aires, Eduntref,
- Ullivarri, María (2010), "Trabajadores, sindicatos y política en Tucumán", Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Ullivarri, María (2011) "Trabajadores, Estado y política durante las gobernaciones radicales en Tucumán. 1935-1943", *Anuario Centro de Estudios Históricos Carlos Segretti*, N° 11, Córdoba, Argentina.